

El espíritu de la Enseñanza Superior ⁽¹⁾

Buenos Aires, 25 de Enero de 1907.

Alcanzáronme el otro día, las claridades de la aurora con un libro en la mano. Su simple título bastará para darle el secreto de esta lectura fuera de hora para la mayoría de los mortales. Era «L'athéisme» de Le Dantec, el conocido profesor de la Sorbona. Como en todas sus obras, el autor ha pasado á las páginas las profundas convicciones de su espíritu, madurado por el constante cultivo de las ciencias naturales, sin preocuparse en lo más mínimo de si ellas hieren ó no el estado de cosas establecido, la situación creada por otros sistemas. *El piensa así, y escribe así*, obedeciendo á esa imperiosa tendencia á la exteriorización, radicación activa de los profundamente convencidos. En esto se halla gran parte del secreto de las llamadas obras maestras; hacen vivir al autor á través de las páginas escritas.

Cerré el libro en la última página. La importancia trascendental de los problemas tratados, los nuevos horizontes abiertos y despejados por su espíritu analítico, la profundidad de sus vistas y la solidez científica de sus observaciones, elementos complejos que llevan al autor *á pensar así y no de otro modo*, con la misma lógica que un manzano da manzanas, fueron motivos suficientes para que el sueño me abandonara completamente, dejando á mi espíritu en cómoda situación para divagar por el inmenso terreno recorrido por el sabio francés. Vd., mi querido amigo, que es un pensador, conoce los peligros encerrados en este camino de pendiente tan suave. El primer paso es el que cuesta; los demás se suceden rápidamente, de deducción en deducción, como si el espíritu formara jalones para medir y realizar la jornada. Esto explica por que la Iglesia siempre ha tratado de ahogar la llamada «mala yerba» desde su nacimiento; más tarde es imposible, pues, como decía el abate Coignard en la Rotissère de la Reine Pedauque, el más sensual de los pecados es el de las ideas.

Decíale, pues, que mi espíritu, bajo la influencia de la lectura realizada, habíase abandonado en el terreno de las divagaciones. Admiraba como debe admirarse el esfuerzo realizado por la falange de autores, quienes como Le Dantec, entregan su vida, sus actividades más preciosas y más sanas al estudio de los grandes

(1) Al Dr. Joaquín V. González, Presidente de la Universidad,

problemas de la vida, basándose, no en las especulaciones más ó menos sentimentales del alma, haciendo como dice Huxley «lógica de sentimiento», sino en las ciencias biológicas, tomando esta palabra en el amplio y elevado concepto que encierra. Y admiraba también, porque no decirlo, el valor representado por esta exteriorización de ideas sin preocuparse si ellas chocan ó no contra las preocupaciones y concepciones seculares, nacidas en épocas en las que nuestros medios de investigaciones eran mínimos, en relación con los actuales, obedeciendo simplemente á las más imperiosas de las órdenes «la de perseguir la verdad poniendo en juego todos los medios que la ciencia pone á nuestro alcance». Y en este caso todas ellas han prestado su concurso, no para ser aplicadas con espíritu de sectario, en uno ú otro sentido, sino con el del sabio que busca la verdad, estudiando los hechos, analizándolos y deduciendo las conclusiones que se desprenden de los hechos mismos.

Se equivoca? Tiene razón? El mismo no lo sabe. El cree no equivocarse en ese momento, pues se ha basado para el caso, en hechos positivos, tales como sus medios de investigación le permiten analizarlos. Quizás mañana un nuevo descubrimiento corrija aquel resultado, dando lugar á nuevas deducciones, viéndose entonces obligado á modificar las anteriores; eso no importa, pues no obedeciendo á prejuicios, ni teniendo otras preocupaciones que las propias, á la verdad pura y simple, abandona sin dolor ni pesadumbre, el camino antiguo para seguir el nuevo, abierto por el reciente descubrimiento. Esto no es explicable ni aceptable para aquellos *que hacen lógica de sentimiento*, quienes poniendo en sus investigaciones sus afecciones y creencias, sufren dolorosamente el contragolpe de sus fracasos.

Pensaba en esto decía, y por pendiente lógica fuíme llevado á detenerme en la potencia educacional de Francia, con sus grandes centros de instrucción, los únicos que hacen posible la existencia de hombres como los que cuenta y que forman ambiente propicio para que se estudien y discutan grandes problemas, que interesan no solo á sus habitantes sino á los del mundo entero. Son sus universidades, laboratorios, centros de estudio, etc., los que forman sus grandes hombres encargados de llevar al terreno de la práctica las deducciones nacidas de la observación directa de los hechos mirados y medidos con un control científico y moral. Y junto intencionalmente estos dos términos, porque ellos se complementan, formando un todo indivisible en beneficio de ese pueblo. Y al recordar la importancia de esos centros de instrucción, su número, su antigüedad, experimenté un sentimiento profundo de envidia al medir la riqueza intelectual de los franceses y la pobreza de nuestro país. Cada uno de ellos ocupa un puesto determinado en la inmensa columna levantada para escalar el cielo, no para vencerle como lo quiere la leyenda bíblica, sino para derramar desde aquella altura augusta, los rayos fecundos de su luz inextinguible. Sobre todos ellos, predominan dos, el colegio de Francia, en cuyos laboratorios tuve el honor de estudiar varios meses, y la Sorbona secular. Ambos representan centros superiores, destinados á las especulaciones de la ciencia y del espíritu, sin trabas de ninguna clase, donde se estudia todo lo que es estudiable, si en

ello puede obtener beneficio la verdad, prescindiendo de los moldes clásicos, á veces demasiado fijos de las escuelas pedagógicas. Es por eso que sus puertas están abiertas á todos los sabios de la tierra, sin preocuparse de su origen ni de sus creencias, á quienes multitud de estudiantes escuchan con religioso respeto, pues de sus fuentes irradia esa majestad augusta que desarmara el brazo del galo en presencia de Mario, el demócrata romano.

Solo estos centros pueden dar nacimiento á esta clase de hombres. Cuántos años serán necesarios para que nuestro país pueda producirlos como una manifestación regular de su grado de cultura? Cuánto tiempo será necesario para que nuestros autores pasen del romance fácil al libro preparado?; mucho tiempo sin duda, si es que debe medirse nuestro índice intelectual por el producto de las universidades nacionales arrojando anualmente su hornada chata y poco científica de diplomados á término fijo como los documentos comerciales. Es la consecuencia lógica y fatal de la ausencia completa de centros de instrucción regidos por otro molde que el universitario. En estos últimos, todo se halla fijado de antemano, los programas ofrecen contornos de verdadero círculo de hierro, constituyendo por su repetición, durante el largo período de siete años, máquinas admirables para fabricar médicos, abogados é ingenieros, quienes nacen á la vida profesional con el cerebro listo y el gesto hecho, para tomar el pulso, desenredar el pleito ó medir el campo ó levantar la casa en que se chocan todos los estilos. Y como la población de la República aumenta gracias á esta bendita inmigración que puebla nuestro territorio, todos estos diplomas tienen rápida aplicación, como que por la fuerza de las cosas no faltan enfermos á quienes tomar el pulso, cuestiones indecisas que aclarar y propietarios á quienes cercar estancias. Nadie queda ocioso y todo el mundo anda contento en el mejor de los mundos posibles.

Este delicioso y patriarcal programa, que cuenta en su favor la ley económica de la oferta y la demanda, tan conocida entre nosotros por el comercio exportador, suele ser protestada de tiempo en tiempo por «espíritus indisciplinados», según el decir de algunos partidarios de la política del gran Cándido. Inútil es que estos «indisciplinados» muestren el descenso del índice intelectual de la República, no solo en masa total sino en sus cabezas dirigentes, ya sea porque unos y otros se encuentren orgánicamente así constituídos ó porque se hallen atraídos por actividades de otro orden y de resultado material más inmediato. Inútil es, decimos, porque nadie hace caso. Las cosechas se repiten cada vez con más abundancia, pese á las repetidas mangas de langosta, cuyo origen todavía no conocemos ni pretendemos conocer profundamente, pues no tenemos aun el verdadero sabio nacional á quien encomendarle la tarea, y el ensayo con los extranjeros en la materia, nos ha dado muy mal resultado para apreciar los hechos en toda su extensión, sería necesario que el observador dejara á un lado esa capa de vanidad que le hace ver demasiado alto el campanario de la aldea.

La masa popular quien sufre los inconvenientes de esta carencia

de espíritus superiores — superiores por su preparación científica — al mismo tiempo que contemple la abundancia de diplomados, de beneficio precario, comienza á preguntarse si no podría pasarse sin ellos, librándose por este medio del tributo costosísimo que su sostenimiento exige. Considéralos, y no falta lógica dentro de su criterio, como verdaderos parásitos, zánganos que devoran gran parte del trabajo de la colmena. De ahí que cada día sea más consistente el grito de «hay muchos doctores», manifestación gráfica de este problema educacional, que si hubiera sido estudiado en sus causas primeras, por el doctor Pellegrini, no hubiera enrostrado con tanta crudeza á la juventud argentina, su alejamiento de la vida pública.

«Hay demasiados doctores» ha sido la fórmula repetida hasta el cansancio en estos últimos años. Y lanzada la frase nadie se detuvo á meditar sobre las causas originarias de este gran mal en la vida social argentina. En el entusiasmo de los primeros momentos, llegóse á meditar en un gobierno de puros fabricantes, de representantes de las principales industrias, los únicos aptos para dictar las leyes necesarias á la prosperidad de la República, con exclusión de los hombres de gabinete. Ya nadie quería acordarse de la acción luminosa de los diplomados de las universidades de Charcas y Córdoba primero y de Buenos Aires después, en la historia nacional. ¿Para qué hacerlo cuando todo está demostrando su inutilidad; formando un nuevo proletario diplomado, quien quizá quiera mañana declararse en huelga?

Este grito encontró en ciertos momentos oídos dispuestos á escucharlo, prestos para traducir las palabras en hechos positivos, y no faltó quien soñara en convertir las escuelas en un inmenso taller, donde la mano de obra ocupara puesto preponderante sobre la universidad libre ú oficial. Y llevados por el entusiasmo propio á nuestro medio influenciado por todas las excitaciones exóticas, pero nunca por las propias, por falta de órganos adecuados de percepción, pusieron manos á la obra, modificando los planes de enseñanza dentro de este propósito. Y no atreviéndose á dirigir la piqueta contra escuelas seculares, desconocieron su brillo, las dejaron de lado, no queriendo ver ni poner remedio á las causas íntimas de su decadencia actual, en presencia de las nuevas necesidades del país.

En este ambiente de indiferencia la Universidad ha continuado como el manzano del cuento, dando siempre las mismas manzanas. Hubo un momento en que pensóse modificarla, pero por medios revolucionarios, ignorando las leyes biológicas que aconsejan la evolución dentro de su funcionamiento regular. Pero fué una vana tentativa. Ya nadie se acuerda hoy de aquellas ráfagas de combatividad y las cosas están como entonces, salvo la simple variación de unos cuantos nombres en las tapas de las tesis. Esa es la causa porque la Facultad de Medicina, para limitarnos á lo que de más cerca nos toca, en donde se pretenden modificaciones en cuestiones de detalle, no funcionan cátedras de embriología, biología, etc., ni ninguna otra que no se halle comprendida en el plan de estudios obligatorios para el alumno. Las materias que no se examinan á fin de año, no tienen cabida allí y sin embargo, esas cátedras y otras que llamamos para no ser difusos, forman la base de un estudio científico bien organi-

zado. Si alguien quiere profundizar sus conocimientos, estudiar, no para tomar el pulso sino para realizar otro orden de investigaciones, nota que esto es imposible en nuestra Facultad, pues no existen los elementos respectivos en forma oportuna. Para hacerlo hay que trasladarse á Europa y no todo el mundo se encuentra en condiciones de realizar ese viaje. En materia de enseñanza universitaria, en lo que á la capital se refiere, estamos en relativa inmovilidad. Esto obedece á causas profundas, muy diversas de las que suponen aquellos que ven su término en un cambio de nombres, en sus consejos directivos. Sostener lo contrario demuestra una falta de observación en las incidencias de este importante problema. Fuera de todo, existe desgano para abordar su solución. Hace muchos años duermen en las carpetas respectivas, varios proyectos relativos á las diversas ramas de la enseñanza, y apagado el eco de las palabras de sus autores, nadie ha vuelto á recordarlos. El mismo autor, suele guardar silencio, satisfecho con haber salvado su responsabilidad personal con las páginas escritas. En principio no debemos quejarnos, pues en ellos se trata de vistas personales y no á la resultante de un estudio detallado de la compleja cuestión. Existen y se combaten en el alma argentina, todavía en formación, la influencia indudable de cada uno de los elementos étnicos que en ella intervienen, y mientras el tiempo no realice su obra fecunda haciendo desaparecer las aristas salientes y dé forma definitiva al molde, tendremos que sufrir las consecuencias de este hecho indiscutible. Puede ser que aquí se halle parte del secreto, de este espíritu de combatividad que observamos en esta última década en nuestra población, del cual las huelgas repetidas y muchas veces sin pretexto alguno, representan su manifestación más positiva.

Deseable si sería, ya que por ahora no es posible esperar la solución del problema en una forma relativamente más estable, que el legislador actual señale las líneas de orientación dentro de las cuales debe desenvolverse el problema educacional argentino y tomando en cuenta los factores anteriores. Cada época de nuestra vida nacional tiene sus características en relación con las necesidades de la instrucción pública; primaria con Sarmiento, secundaria con Mitre y Avellaneda, universitaria en las dos últimas décadas. Ahora ya ha llegado el momento de dar un paso adelante, fundando al lado de éstas, las cuales deben continuar desarrollando su acción dentro de su esfera correspondiente, centros de una índole más científica aun, de un orden más superior, que sea á la Facultad con sus profesionales diplomados, lo que es esta última á los colegios nacionales.

En este sentido ningún esfuerzo más eficiente es, sin duda alguna, que el realizado por Vd., mi querido amigo. Llevado al Ministerio de Instrucción Pública pudo apreciar que las nuevas modalidades de la sociabilidad argentina, exigían nuevos centros de instrucción superior. Y dió forma al pensamiento fundando la Universidad de La Plata, nacida en un momento histórico de nuestra evolución. Ella aparece cuando todas las tendencias tienen por norte principal la persecución de la riqueza, ofrecida á manos llenas gracias al asombroso desarrollo de sus grandes fuentes: la agricultura y la ganadería. En

medio de los placeres que esta riqueza facilita, no hay tiempo ni deseos para las especulaciones del espíritu, para esas ciencias cultivadas en el silencio de los gabinetes y laboratorios, pero que exteriorizan sus efectos benéficos en actos prácticos para la grandeza de su país. Los descubrimientos del doctor Julio Méndez, sus vacunas del carbunco ó su preparación del suero diftérico para no salir de nuestro modesto medio científico, son exponente que acuden á mi memoria como un testimonio elocuente de la acción de estos *doctores* tan vilipendiados. Y como éste existen otros que si no forman falange, es por falta de medio y de recursos.

Fundar una universidad de estudios superiores, mi querido amigo, en estos momentos de nuestra historia, bajo la acción del miraje de las riquezas de Aladino, es obra magna y tiene algo del hermoso gesto de Guillermo el Taciturno y los Consejeros de Leyden, cuando á la terminación del sitio sostenido contra los españoles en las famosas guerras de Flandes, considerando « que la atracción de la gloria y honores militares pudieran llevar á la juventud al olvido de la buena educación en las ciencias y en las artes liberales, con grave perjuicio para el país, resolvieron fundar una escuela pública y una universidad libre », la hoy famosa de Leyden.

El momento, como decía, tiene sus analogías, pues es indudable que la abundancia de la riqueza se acompaña, entre nosotros, con una sensible disminución en el índice intelectual, y que la escasez, sino la desaparición más ó menos completa de cabezas dirigentes, nos hace llorar más á los muertos ilustres, no solo por los afectos que supieron inspirar durante su vida, sino también por la dificultad de llenar rápidamente el vacío que nos dejaron con su muerte.

Fué por estos motivos que le aplaudí con tanto entusiasmo, la creación de su universidad, permítame que la llame así con toda justicia, sin querer detenerme en algunos lunares que disminuyen á mi juicio la importancia de su funcionamiento, no habiendo Vd. podido librarla de la exigencia de los cursos regulares con programas determinados, escollo en que chocan las otras universidades. En cambio, y esto borra aquello, la serie numerosa de cátedras científicas y libres, representan un elemento valioso de influencia positiva en el futuro desarrollo intelectual del país.

Lo importante era crear el hermoso resorte, cualquiera que fuera su costo y el número de sus alumnos. Para esperar la recolección de la cosecha es necesario que trascorra el tiempo, y entonces vendrá grande y fecunda, aunque no tan temprano como quisieran, aquellos que ligan su criterio al ciclo regular de las estaciones productoras del trigo y del maíz. Pensar lo contrario sería lo mismo que suponer que los decretos gubernativos tienen fuerza suficiente para fundar la universidad y crear al mismo tiempo los sabios hechos de todas piezas. Estamos acostumbrados á esperar todo del gobierno, pero ya esto sería demasiado.

En estas reflexiones me encontraba cuando leí en la crónica de los diarios que dominaba en el Congreso una tendencia adversa á la Universidad de La Plata, por considerarla demasiado cara en comparación con la de Buenos Aires, « la cual cuesta menos y

tiene muchísimos más alumnos». Al efecto, pretendióse disminuir la subvención de que goza en un medio millón de pesos, bajo el pretexto de economía, la misma economía no recordada para subvencionar cuanto templo, capilla existe en la República, sumando partidas muy superiores á esta, destinada á fines tan nobles que á su lado empalidecen todos los otros.

Pertenezco al número de los profundamente convencidos de la necesidad de crear una institución científica dentro del molde del célebre colegio de Francia, ó si se quiere de la Sorbona, para que en su seno se cultiven las ciencias libremente, bajo la acción directa de sabios profesores para lo cual debemos, por ahora, recurrir al extranjero, sin pararnos en gastos ni sacrificios, hasta tanto llegue el momento en que, por su acción continuada y en un futuro que deseamos próximo, la República pueda darlos. Serán entonces sabios de verdad y no profesionales más ó menos afortunados, quienes en este caso reflejarán en sus estudios la grandeza de nuestra patria, que no es medible únicamente con los gruesos guarismos de las cosechas, sino por otros productos, que si no son sumables con igual lápiz, dan resultados más positivos.

En estas cosas pensaba, mi querido amigo, y al ver salvada su universidad de la cual Vd. ha sido el alma y continúa siéndolo, no he podido resistir al deseo de mandarle estas líneas, como una manifestación sincera del aprecio de su siempre amigo.

L. M. AGOTE.